

**Relaciones humanizadoras, espiritualidad y solidaridad real: ¿Claves de las transformaciones hacia una sociedad de progreso y emancipatoria?**  
**Ovidio D'Angelo Hernández.**

**Introducción y contexto.-**

El título podría parecer teñido de una vocación cuasi-mística, apelativa de imprescindibles poderes extraterrenos y transmutadora de nuestra realidad actual incierta y confusa. Sin embargo, aún con la validez de esa opción, otra más terrenal y no contradictoria con la anterior religiosidad manifiesta, colocamos aquí una intencionalidad y concreción del tema en relación con el llamado “cambio de mentalidad” que, desde la dirección del país, ha quedado como un contenido vacuo, aplicable a cualquier circunstancia, a sujetos indefinidos en su posición y estatus social, en cualquier momento del espacio-tiempo de nuestra vida social actual.

Los referentes de ese cambio de mentalidad a que se nos convoca parecerían ser los Lineamientos de la Actualización Económica y Social y, más recientemente la Conceptualización del Modelo de sociedad socialista, ambos documentos directrices del Partido comunista –rector de la sociedad según el capítulo 5 de la Constitución vigente-, ambos, en mi opinión con muchos aspectos indefinidos, contradictorios o simplemente declarativos o carentes de sustancia argumentativa en cuestiones esenciales y definitorias del futuro de nuestra sociedad.

Por otra parte, es frecuente la distinción –propia de los enfoques simplificadores en ciencia y política- entre los “factores objetivos” y los factores subjetivos”, que serían dado cada caso, los responsables de las situaciones sociales realmente existentes. Tal disyunción queda expuesta, desde el lado subjetivo, en dicho cambio de mentalidad, aunque otras veces se recurre al consabido tema de los imponderables objetivos para justificar deficiencias inoportunas.

Una alternativa, desde la perspectiva de los enfoques de Complejidad, de una cierta profundidad epistemológica, sería abordar la realidad como objetivo-subjetiva (omnijetiva), en la cual separar los factores de ambas naturalezas –aparentemente diferentes- confunde más que aclara la presentación de los fenómenos sociales.

Es así que las dificultades económicas, por ejemplo, son resultado de políticas elaboradas por sujetos sociales en lugares de poder, de sus estrategias, posicionamientos y proyecciones, lo que tiene como referencia modelos conceptuales y valores de partida. Incluso, sobre lo más “externo u objetivo” a la voluntad humana, como son los fenómenos ambientales ha quedado en claro que tienen un componente social y político que es afectado por los posicionamientos y subjetividades colectivas, así como las políticas de los diferentes países.

La alusión a los cambios de mentalidad (no se sabe si referido a la población o a los “decisores”, o a ambos) tienen que referirse a estos procesos objetivos-subjetivos, sin eludir las responsabilidades cognoscitivas y éticas de los fines propuestos. Aquí influyen grandemente los estilos y metas de pensamiento que forman parte de la cultura de la sociedad.

En nuestro caso, bajo las prácticas de un sistema autoritario-paternalista durante muchos años del período revolucionario se generaron patrones de obediencia que, en diferente medida, por el desgaste histórico del proceso y la persistencia de formas de manipulación social desde arriba, las dificultades sociales y económicas no resueltas desde el modelo de socialismo real aplicado, la relativa lentitud y ciertas incoherencias en los procesos de “actualización” (más allá de sus incipientes y contradictorias aperturas económicas), la falta de legalidad sistémica y real, entre otros factores, han generado comportamientos de evasión, anomia, desinterés social, incredulidad, refocalización de intereses y valores, fantasías migratorias y otros fenómenos deformantes del entramado social positivo.

En esas condiciones, *el cambio de mentalidad* va por diferentes derivas:

a) una parte de la población:

- se desentiende de los procesos sociopolíticos; es ahora más resistente o abúlica.
- se expresan factores de “impotencia aprendida”, de manera adaptativa y resignada como forma de reacción a las imposibilidades y obstáculos al desarrollo de autonomías (personales y colectivas) generativas.
- paralelamente, surge un sector privado (con muchos matices que van desde las permisibilidades de pequeños negocios familiares o personales hasta mipymes y otros negocios encubiertos con capitales del exterior y una amplia franja de empleo subterráneo), que carece, en sentido general, de un sentido de responsabilidad social solidaria existente hasta en varios países capitalistas desarrollados.
- se incrementa el sentido individualista de progreso personal o familiar, desligado del sentido de avance colectivo y de ayuda mutua.

b) entre la dirección del país:

- predominan modelos autoritarios-estatalistas-centralizadores que coartan la autonomía de diversos actores sociales y mantienen una gerencia empresarial e institucional alejada de los intereses y necesidades populares y laborales. .
- los “cambios” obedecen a pequeñas modificaciones de los estereotipos existentes, que impactan positivamente, sólo en alguna medida, en algunos sectores poblacionales.
- o bien, se generan algunas aperturas de manera precipitada, todas muy necesarios, pero sin los componentes de responsabilidad social y valores solidarios requeridos: emprendimientos privados, otros aparentemente colectivos, inversiones extranjeras, etc., que, además de propiciar un respiro de supervivencia y algún progreso en algunos sectores poblacionales, pueden comprometer las propias metas sociales declaradas, por la forma incompleta en que se aplican.

### **Bases de la espiritualidad y práctica social humanista.-**

En este contexto, el establecimiento de relaciones sociales humanistas, no enajenantes, en todos los ámbitos de la vida social, requiere de un posicionamiento diferente al de muchos actores sociales en la actualidad. Constituiría, a mi modo de ver, la base esencial de una construcción social verdaderamente desarrolladora y emancipatoria.

Una suerte de “revolución copernicana” a la inversa, donde el Sol (Estado-Partido) deje de ser el Centro de las dinámicas sociales para compartir y construir conjuntamente con las bases de la sociedad la formulación de políticas fundamentales, sería la mayor expresión humanizadora del proceso de desarrollo social.

Esto requiere de la formación de una sensibilidad especial por el Otro, considerado como ser humano con todas sus potencialidades -virtudes y defectos (Eros y Tanatos) incluidos-. Pasar de un egocentrismo individualista –de lucro, poder, subestimación- a un sociocentrismo que, sin embargo, no constituya una despersonalización ni dejación de la potencialidad de autonomía.

Estamos hablando aquí de hacer real los preceptos de espiritualidad y amor al prójimo, no compatibles ni con el egoísmo, el medrar a costa de otros, el dominio por algún medio de la calidad de vida de los demás, etc.-.

Ni desde los principios de la economía –estatal, privada o de cualquier otro tipo-, con el predominio del trabajo asalariado en vez de compartir los riesgos y las ganancias entre todos los participantes del proceso: capital, trabajo, funcionariado, etc. O de la atención solidaria a los problemas de los sectores vulnerables del entorno.

Ni desde la política, habitualmente dominada por los gobernantes electos de alguna manera –directa o indirecta-, que no ponen en manos de la población la elaboración y decisión de políticas ni rinden cuenta periódica, ni son sometidos al arbitrio ciudadano.

Ni desde el plano jurídico, que ofreciera los mecanismos y las garantías de realización plena ciudadana de todos sus derechos universalmente reconocidos. Así como en otros muchos sectores de la vida cotidiana, encontramos serios déficits de relaciones humanizadoras, expresiones de espiritualidad sentida y de sentimientos positivos por el Otro colectivo o individual.

En mi opinión, esta es una tarea social de primer orden, si se quiere de religiosidad colectiva, a riesgo de parecer utópico e irrealista. Sólo sobre la base de esta espiritualidad compartida en relaciones sociales humanizadoras, se hace posible la constitución de una sociedad solidaria, emancipada de todas sus alienaciones reales. Es entonces posible la creación de una base de confianza y credibilidad colectiva en la que cada uno es depositario y tributa al otro semejante o diferente. La redistribución social no es sólo una tarea del Estado (aunque debe exigírsele), sino de todos. El sentido de pertenencia e identidad individual, colectiva, nacional deja de constituirse, en esas condiciones, en fuente de esquizofrenia e hipocresía social.

Este cambio “omnijetivo” humanizante requerido, de las subjetividades y relaciones e instituciones sociales, a partir de las políticas construidas conjuntamente y con un sentimiento de aportación al desarrollo humano más completo sería una necesidad de primer orden en nuestra situación actual. Diversas instituciones sociales tendrían que colaborar en asumir la responsabilidad de esa formación ciudadana para el futuro posible.

### **Diálogo, concertación y construcción social humanizadora.-**

El afrontamiento de estas tareas de reconstrucción social nos lleva, inevitablemente a los conceptos de democracia, sociedad, civil, asociatividad, propiedad y otros, propios de los planos de análisis filosófico, económico, social, político, jurídico, etc. Sin intentar una precisión necesaria de sus significados, veamos algunos puntos de relación con el tema central de las relaciones humanizadoras abordadas, en el contexto de nuestra realidad nacional.

Ante todo es preciso definir la posición: ¿enfrentamiento o diálogo? Si la apuesta es por lo primero, postura característica de alguna oposición que se autodenomina “democrática”, cuya opción es la demostración de fuerza, y cuya cantilena se reduce al cambio de sistema y salida del poder de los Castro, generalización de la libertad de empresa y de partidos opositores, retroacción de las medidas de acercamiento entre los gobiernos de Cuba y EU, etc., ello recuerda el sabor de un “dejá vu” que vivimos en los años de la llamada República mediatizada.

Esa oposición “democrática” (que frecuenta demasiado los canales televisivos más derechistas de EU y, en particular de Miami) lo que consigue es reforzar el carácter de “autodefensa” del gobierno cubano, obligándolo a una contención social –que toma en ocasiones un carácter de represión excesiva y no promoción de derechos civiles y políticos- y, por añadidura, provoca un mayor cierre a la expresión de sectores intelectuales y populares en general que están generando una visión de alternativa moderada ó de izquierda (socialista y diversa).

Con ello se produce un “bloqueo interno” de las posibilidades de avance que, en nuestras condiciones, inevitablemente deberían conducir, en vez de al enfrentamiento frontal con el actual gobierno, a un diálogo nacional patriótico que una fuerzas y abra al pensamiento generador de oportunidades frente a la enajenación ciudadana en lo económico y lo político.

De manera que si la otra alternativa es el Diálogo constructivo las relaciones entre posicionamientos oficiales, de sectores de izquierda, de centro y derecha moderada, podrían tener una posibilidad de éxito, en la misma medida que el actual –o el sucesivo gobierno- se coloque en nuevas aperturas coherentes para un desarrollo “con todos y para el bien de todos”, en una sociedad solidaria y emancipatoria.

Pero el diálogo requiere disposición a aceptar al otro (a veces también satanizado por cada una de las partes), tal y como es, con el propósito de hacer avanzar una agenda que rebase las dificultades actuales; movimiento a veces lento, penoso y frustrante, pero sobre el cual hay ejemplos dignificantes en diferentes polos del mundo que lo han conseguido desde posiciones opuestas.

Diálogo implica también observar el bien público, despojo de posiciones de intolerancia a ultranza y comprensión de la diversidad y complejidad de las realidades nacionales, de las posibles interferencias externas de cualquier signo, el trabajo sobre los alcances y límites posibles, sobre la construcción de agendas concertadas en las que cada parte cede una porción de sus posiciones, si bien no necesariamente principios últimos – también hasta cierto punto descifrables y en parte negociables cuando no son onerosos-.

-Diálogo es reconocer también la parte de verdad de cada uno, reinterpretar los modelos clásicos a la luz del presente, con flexibilidad y creatividad, tener en cuenta la realidad vivida por la población, operar con un esquema de justicia social amplia y de relaciones humanizadoras.

-Diálogo es desplegar la espiritualidad y amor por los semejantes en posiciones de vulnerabilidad o de menor estatus social, por los pobres, los menos favorecidos por sus condiciones sociales de vida, es compartir, ayudar al Otro necesitado, respetar la

condición humana de cada uno, cooperar con un sentido de colectividad –aún desde un sentido de propiedad legal de bienes para lograr la mayor autonomía posible y las libertades necesarias individuales, colectivas y de nación-, reconociendo que la propiedad privada o estatal, cuando produce riquezas no se debe sólo a la inversión de recursos o de capital sino también al trabajo desplegado que debe ser co-partícipe de las ganancias producidas.

-Diálogo implica construir y concertar etapas de trayectorias posibles de acercamiento – no para las calendas griegas, sino para la inmediatez posible- en cronogramas compartidos con resultados efectivos colectivamente ejecutados y valorados, con participación ciudadana amplia y ejecutiva.

-Diálogo implica también moderar el lenguaje satanizador, descalificador y acusador -lo que no significa obviar las denuncias de las malas acciones por cualquiera de las partes o de lo mal instituido-, pero dentro de un clima de confianza y respeto mínimos.

¿Es entonces indispensable afrontar los desafíos de una espiritualidad humanizadora para solucionar nuestros problemas?, ¿o encasillarnos en las posiciones de enfrentamiento e intransigencia obcecada?. Todos los actores implicados tienen la palabra. Aquí sólo doy fe de mi posición y abogo por la buena voluntad humana.